

utopías revolucionarias de los años cincuenta y sesenta ya no tienen sentido. Las libertades democráticas se deben conseguir en Latinoamérica poco a poco, de forma progresiva. Reforma, sí; ruptura, no.

Sentada esa premisa, se trataba de buscar en la realidad esa colina que él había imaginado, ese guerrillero que mostrara, con su comportamiento y su manera de ser, lo que él pensaba: que es un anacronismo creer en las utopías revolucionarias.

Y encontró su colina (ignoro si Flaubert tuvo la misma suerte) e investigó sabiendo que la verdad, la realidad, era una mera apoyatura, que Mayta iba a ser un perdedor nato, un pobre diablo con buena voluntad y nada más.

Aceptado esto, todo lo que se le echara encima era igualmente aceptable (al fin y al cabo estaba haciendo una novela, no una biografía hagiográfica, no una reconstrucción histórica de un pequeño movimiento insurreccional). Es un troskista de cierta ambigüedad política (alguien sugiere que fue manejado por la CIA), de conducta no siempre clara, es un «anormal» sexual, es un homosexual sufrante, tímido, poco arrogante, que suplica, que no consigue...

No hay heroísmo alguno en aquella acción política. Además, aquellos polvos trajeron estos lodos. El narrador está contando la acción en un momento concreto, finales de los setenta, principios de los ochenta, cuando la violencia más desatada se ha ocupado de su país, cuando los cuba-

nos y los soviéticos están a punto, desde una frontera, de invadir el país y cuando, desde otra, los «marines» se preparan a hacer lo mismo (no se sabe muy bien en calidad de qué: de invasores o de salvadores).

Y todo esto desemboca en un capítulo final sorprendente, típico de un profesional de la literatura como Vargas Llosa: el autor se encuentra con su personaje y dialogan y el personaje no es como hasta entonces lo ha descrito el autor. Pero no importa: «En una novela siempre hay más mentiras que verdades, una novela no es nunca una historia fiel» (pág. 320). Menos mal.

Desde el punto de vista formal, y para quien ha utilizado con acierto procedimientos expresivos innovadores y eficaces, las audacias expresivas de *Historia de Mayta* son bastante bajas en nicotina. Utilizar un tiempo para el pasado, que es el presente de Mayta, y otro para el presente del narrador, mezclar uno y otro, con cierta dosis de suspense, son recursos fáciles de escritor de oficio.

¿Qué es, en definitiva, *Historia de Mayta*? Una novela fallida, un error: una novela fallida de un gran novelista y un error en una espléndida trayectoria literaria, que hay que recorrer hasta el final. Un error que Vargas Llosa corregirá sin duda. Los grandes narradores como él cometen errores como éste para que el lector conserve en la memoria lecturas pasadas. A quien ha escrito *Conversaciones en la catedral* se le puede perdonar —excusas por la arrogancia— *Historia de Mayta*.

## EL FUTURO Y SUS ALTERNATIVAS

Miguel Porta Perales

Raymond Williams.  
*Hacia el año 2000*.  
Crítica. Barcelona, 1984.

VV. AA.  
*Futuro Global. Tiempo de actuar*.  
Siglo XXI. Madrid, 1984.

Jost Herbig.  
*El final de la civilización burguesa*.  
Crítica. Barcelona, 1983.

Empiezan a sentar plaza y a cobrar ciertos visos de verosimilitud las tesis que afirman que el crecimiento económico —en el sentido capitalista del término— está tocando a su fin. A los primeros avisos dados por Colin Clark (*El mito del crecimiento económico*), Mishan (*El costo del crecimiento económico*) y por el informe, encargado al MIT por el Club de Roma, y dirigido por Meadows (*Los límites del crecimiento*), hay que unir el informe conocido con el nombre de *Global 2000*. A estas obras, que de una u otra forma constituyen la «prehistoria» del tema (y no sé si ya del género), hay que sumar una ya extensa lista de informes y trabajos que han inflado considerablemente la nómina de autores que se dedican a tratar el tema de los límites del crecimiento, del futuro que nos aguarda y de las posibles alternativas. De entre esta larga nómina de autores y trabajos conviene proceder al saludable ejercicio de separar

el trigo de la paja. La publicación en castellano de los trabajos de Herbig y Williams, así como la aparición del informe colectivo *Futuro Global* (segunda parte del *Global 2000*), nos ofrece la oportunidad de acceder a tres obras serias sobre el tema.

El informe *Futuro Global* —encargado por Carter a un equipo de investigadores que terminó su trabajo durante el primer mandato de Reagan, quien no sólo se negó a publicar el informe, sino que disolvió el equipo— es un excelente y preocupante trabajo sobre el estado actual y el problemático futuro que tiene ante sí la biosfera. La situación del aire, el agua, la contaminación, etc., es tal, viene a decir el colectivo de investigadores, que o bien se actúa enérgicamente o se corre el peligro de acabar con la vida en el planeta de aquí a no muchos años. Dejando de lado los dramatismos y las posibles previsiones erróneas (del tipo catastrofista de las ya aparecidas en el *Global 2000*) el informe es un serio aviso de los niveles de destrucción a que está llegando el planeta y, consiguientemente, es también una llamada a la protección de la biosfera mediante la limitación (o eliminación) de las actuales prácticas depredadoras.

Las conclusiones a las que llega Herbig son igualmente preocupantes. Tras unas reflexiones en profundidad sobre la técnica (considerada como la clave de bóveda y auténtico *deus ex machina* del crecimiento y del desarrollo económico capitalista, así como «órgano legislativo y judicial» que estabiliza el sistema uniendo indisolublemente los intereses económicos y legitimatorios de la burguesía y limando las contradicciones e

intereses contrapuestos existentes) y sobre el consumo capitalista (objetivamente superfluo y dañino, pero que consigue la adhesión de los ciudadanos al sistema vía satisfacción de falsas necesidades creadas por el propio sistema con el fin de perpetuarse), Herbig llega a la conclusión que si bien técnica, crecimiento y consumo son los elementos destinados a estabilizar y localizar el sistema capitalista, ocurre que en la actualidad dichos elementos están llegando al límite de sus posibilidades porque sus presupuestos internos (innovación técnico-científica y recursos naturales) y sus presupuestos externos (adaptación del hombre a las transformaciones exigidas) no pueden superar ya ciertas barreras objetivas.

En efecto, según Herbig, las innovaciones técnicas (incluso en la versión del *technology push* protagonizado por las tecnologías energética, informática, biológica y marina) y los recursos naturales (energía, materias primas, productos de desecho, etc.) ni son infinitos ni pueden satisfacer las galopantes necesidades de crecimiento del sistema. Pero no sólo fallan los presupuestos técnicos y materiales del crecimiento, sino que también el hombre y su cuerpo (esa «máquina biológica») se rebelan y surge lo que se ha convenido en denominar «enfermedades civilizatorias», altamente disfuncionales para el crecimiento capitalista (perturbaciones vegetativas y psíquicas, falta de motivación laboral, criminalidad, etc.).

El final del crecimiento (en realidad de un tipo de crecimiento), con la consiguiente crisis y estancamiento o disminución de las condiciones

materiales de existencia, pone en peligro la paz social y la propia estabilidad del sistema. Frente a esta situación sólo hay, *a grosso modo*, dos alternativas: el autoritarismo altamente represivo de un capitalismo acosado por sus propias contradicciones o la vía de una transformación económica y social. Herbig, al igual que Williams que dedica la práctica totalidad de su trabajo al estudio de alternativas posibles y deseables, opta por la vía de la transformación económica y social.

Para Herbig la alternativa se define, entre otros, por los siguientes rasgos: búsqueda de formas de vivir, trabajar y consumir no sometidas a las exigencias de valorización del capital; democracia directa en la producción y la gestión; utilización colectiva y equitativa de los bienes materiales y de la naturaleza; eliminación de la coacción; consumo moderado que haga hincapié en una auténtica calidad de vida; democratización de los mecanismos nacionales e internacionales, etc. Williams, por su parte, diseña una doble alternativa: económica y política. La alternativa económica se define, fundamentalmente, por los siguientes puntos: superación de la economía de mercado; transformación de la producción en base a nuevos criterios directivos de durabilidad, calidad y economía en el uso de recursos no renovables; búsqueda de nuevos tipos de instituciones monetarias que pongan el capital al servicio de estos nuevos objetivos, etc.

En la práctica la alternativa propuesta por Williams persigue, ni más ni menos, cambiar el modo de producción. Dicho en otros términos, lo que se pretende es la recuperación del control de la produc-

ción y la instauración de un «nuevo mundo de trabajo humano» que, según Williams, y merced en buena medida a la tecnología informática, reuniría características como las siguientes: ahorro de trabajo necesario y extensión del trabajo a toda la sociedad; reducción de la vida laboral de los individuos; patronos de producción y consumo diseñados y planificados colectivamente siguiendo pautas sociales; eliminación de falsas necesidades; paso de la «producción» a los «medios de vida» (esto es, de la «generalidad alineada» a «modos directos y prácticos de vida»); expansión de los servicios asistenciales; administración común y directa, no mediaticada por relaciones burocráticas, etc.

Esta alternativa —que Williams define como «democracia económica»— necesita, para su realización, de una «democracia culta y participativa» que instituya nuevos tipos de instituciones de representación política y económica que persigan la «autogestión máxima», sólo limitada por consideraciones de «viabilidad económica y equidad razonable entre las comunidades y en decidida ruptura con el criterio ahora dominante de la conveniencia administrativa para el Estado centralizado».

Si Herbig no se pronuncia sobre el sujeto (o sujetos) que han de llevar a la práctica la alternativa, no ocurre así con Williams, para quien el protagonismo debe recaer sobre partidos y sindicatos de izquierda. Pero se trata, por así decirlo, de unos partidos y sindicatos «reconvertidos». En efecto, si bien Williams critica duramente a los partidos («aislan», «diluyen», «absorben y desvían nuevos planteamientos», «reproducen las actuales definiciones de problemas e intereses») y a los sindicatos («orientados a escala capitalista-corporativa»), llega a la conclusión de que éstos no sólo son «imprescindibles», sino que son los «únicos» capaces de vertebrar y llevar a buen puerto la alternativa al capitalismo. Para ello los individuos y movimientos portadores de planteamientos nuevos no deben automarginarse sino que es necesario que avancen sobre las instituciones (partidos y sindicatos) y los «reconviertan» para hacer posible y real la alternativa al sistema.

Varias son las virtudes de los trabajos aquí reseñados: la soberbia información multidisciplinar que ponen a nuestro alcance; la constatación de que ya es imposible alcanzar la «normalidad» del crecimiento capitalista y que hay

que acostumbrarse a la *rareté* de un crecimiento cero o muy limitado; la necesidad del primado de una política social que tenga en cuenta las necesidades cualitativas; una reconsideración y reconversión de la democracia y de la función y sustantividad de partidos y sindicatos, etc. Thurow (*En los orígenes de la desigualdad*) decía que el capitalismo se había transformado en una sociedad de «suma cero», una sociedad estancada en la que cualquier nuevo beneficio para un individuo o grupo sólo se obtenía mediante una pérdida equivalente en otro individuo o grupo. Frente a la (sin) razón burguesa y frente a esta sociedad de suma cero que nos acecha y que pone en peligro la existencia de la biosfera, denuncias y propuestas *utópicas* como las de Herbig y Williams se erigen en las únicas alternativas capaces de librarnos de una posible catástrofe. De lo contrario, y parafraseando a Fourier, mucho me temo que cada vez se irá haciendo más real y cruel la existencia de una auténtica «plétora miserable» (miserias psíquicas y culturales, hambre, sobreexplotación, reaparición de viejas enfermedades, etc.). Y es que frente al futuro que nos acecha hay que empezar a diseñar alternativas. Los trabajos aquí reseñados son un buen punto de partida.